
“Las inseparables” y la prehistoria del lesbianismo en México

Robert McKee Irwin

La lesbiana aparece en la literatura como un fenómeno estético, no moral...
No era concebible en la época. Era invisible.
CARLOS MONSIVÁIS

En años recientes, la historia de la sexualidad en México se ha empezado a recuperar, pero con pasos minúsculos. Las publicaciones recientes de Carlos Monsiváis —por ejemplo, sus artículos en los últimos números de *debate feminista*— son seminales para establecer el proyecto, pero es un proyecto que los jóvenes historiadores y críticos culturales han tardado en emprender. Si cuestiones antes vedadas en la investigación académica como la homosexualidad masculina ahora reciben una atención mínima,¹ hay otros asuntos que siguen prácticamente sin tocarse. La historia del lesbianismo es uno de ellos. Escribe Monsiváis: “Fijada con exageraciones perdurables, la homosexualidad masculina se pone de relieve para enfatizar la superioridad del machismo; en su turno, la homosexualidad femenina, el lesbianismo, es lo profundamente inmenconable” (1997: 22).

Se ha admitido la bisexualidad de personajes como Frida Kahlo y Lucha Reyes, pero más que nada como casos extraordinarios —no hay nada que indique que su lesbianismo sea representativo de al-

¹ Para cuestiones de homosexualidad masculina, ver los trabajos de Nesvig e Irwin; sobre la prostitución ver Castillo 1998 y Rivera Garza 2001.

guna manera del de las mexicanas de su generación.² ¿Pero qué más se puede decir del lesbianismo en México en la primera mitad del siglo xx? ¿Qué fuentes hay? Son las preguntas que se tendrán que hacer los jóvenes críticos que deseen entender el papel —o más bien los papeles— de la diversidad sexual en la historia cultural de México. Hay razones importantes por las que la historia del lesbianismo permanece enterrada, pero hay motivos más fuertes por los cuales hay que desenterrarla.

El presente trabajo aspira abordar el tema del lesbianismo durante las primeras décadas del siglo xx. *No pretende definir o generalizar sobre las estructuras sociales por las que el deseo o el amor homosexual entre mujeres se realizaba.* No se han hallado todavía evidencias suficientes para conseguir hablar en tales términos. En cambio, analizo un solo texto, el pequeño cuadro de costumbres sobre una pareja de putativas lesbianas, publicado por Heriberto Frías en su obra de crítica social *Los piratas del boulevard (Desfile de zánganos y víboras sociales y políticas en México)* (1915). Hay que recalcar que esta obra satírica —categorizada, por cierto, como cuento, es decir, como obra de ficción (Ocampo 1992: 227)— trata no del porfiriato en sí, ya que el reinado de Porfirio Díaz se había caído años antes, sino sobre un producto suyo: “la aristocracia esplendorosa de nuestros conspicuos; la aristocracia oficial del lujo, del talento, de la honradez y hasta del heroísmo” (Frías: 7), retratada por un autor conocido por su periodismo de oposición ante el régimen de Díaz y por su participación activa en la prensa revolucionaria (Ocampo 1992: 226-27).

En cuanto al tema del “lesbianismo”, el término no se empleaba en la época, así que tampoco se debe usar para hablar de las relaciones sexuales entre las mujeres porfirianas. Sin embargo, sí había una categoría sexual semejante al concepto contemporáneo del lesbianismo que se usaba para referirse a las mujeres que se amaban. Esta categoría, el safismo, y sus implicaciones sociales para los mexicanos

² Monsiváis menciona su “notoria bisexualidad” (1997:24), pero no hay estudios que busquen entender cuestiones de identidad, de papeles de género, de prácticas sexuales, de espacios lésbicos, etc. en la primera mitad del siglo xx, ni tampoco análisis de la sexualidad poco convencional de personajes conocidos como Kahlo y Reyes que vea sus relaciones con otras mujeres como algo más allá de la idiosincrasia individual.

de la década de los 1910, son foco fundamental de la presente investigación, la que en síntesis propone introducir unas líneas de interrogación en el proyecto naciente de la historia de la sexualidad en México para esclarecer el aspecto quizás menos visible y menos recordado de la diversidad sexual mexicana: las relaciones sexuales entre las mujeres. Desgraciadamente, se verá que la relación sexual lesbiana, el intercambio de placer sexual entre dos cuerpos femeninos, se elude en los escasos textos que tratan el “safismo”.

El saber de la homosexualidad masculina en las primeras décadas del siglo xx

Se ha planteado que el concepto moderno de la homosexualidad masculina en la cultura mexicana nació en 1901 cuando el escándalo del “baile nefando” de los 41 maricones estalló en la prensa capitalina.³ Se han recuperado no sólo la leyenda popular y sus implicaciones culturales en las décadas siguientes al baile, sino también varios artefactos de la época: los reportajes de los periódicos de 1901 acerca de los travestis, los grabados de José Guadalupe Posada de los bailadores “estilo nuevo siglo” y más recientemente la novela perdida de Eduardo Castrejón, *Los 41: novela crítico-social* (1906).⁴ Sin embargo, a pesar del gran interés en los 41 —inspirado por su centenario en 2001— lo que nos comunica se limita bastante por falta de fuentes primarias confiables. Nunca hablan los 41: no publican memorias, ni son entrevistados, y las únicas fuentes a través de las que los famosos maricones se han estudiado resultan poco científicas y en muchos casos poco serias. Los ridiculizan, los censuran, los humillan, los rechazan, pero nunca los intentan entender. El único discurso que nos queda es rabiosamente homófobo. Finalmente, lo que se presentan no son los patrones sociales o sexuales de los homosexuales mexicanos de la época sino las actitudes de la sociedad porfiriana ante la homosexualidad y los mecanismos que se arman para suprimirla.

³ Ver Monsiváis 2001; también ver Macías 2003: 66-91.

⁴ Todo esto está recopilado en Irwin, McCaughan y Nasser 2003.

En efecto, hasta hace muy poco tiempo, no hubo acceso amplio a ningún documento que penetrara con un mínimo nivel de profundidad la vida cotidiana de los homosexuales mexicanos en la primera mitad del siglo xx. En 1998, finalmente se publicaron las memorias de Salvador Novo sobre sus aventuras en el mundo subterráneo de los hombres homosexuales alrededor de 1920, *La estatua de sal*. Poco después Monsiváis elaboró una biografía crítica de Novo, *Salvador Novo: el marginal en el centro*, con enfoque significativo en la vida sexual del autor. Aunque el material publicado es todavía escaso, se han ido juntando las huellas para empezar a construir algunas hipótesis sobre cómo era ser hombre homosexual en México —es decir, en la ciudad de México, porque casi nada se ha investigado sobre otras partes del país— en las décadas siguientes a la revolución.⁵

Aunque es discutible su coherencia, los paradigmas nacionales de la homosexualidad masculina han tenido presencia desde 1901 e importancia desde la revolución, cuando la homofobia se incorporó con un rol prominente en el proyecto nacionalista.⁶ Y siguiendo la hipótesis represiva de Foucault (2000: 50-59), el discurso homófobo alimentó la propagación de la identidad homosexual masculina y su autoexpresión, la que se encuentra, por ejemplo —a veces en forma velada—, en las memorias y otros escritos de Novo, en la poesía de Villaurrutia, y en la pintura de Manuel Rodríguez Lozano, Agustín Lazo y Roberto Montenegro. Lo mismo no se puede decir con respecto de la homosexualidad femenina. El safismo no provoca tanta paranoia en México en la primera mitad del siglo xx; es decir, el proyecto nacionalista de la época no se preocupa de la sexualidad de las mujeres. Por otro lado, tampoco se encuentra una expresión positiva y pública del amor sáfico de parte de mujeres de estas generaciones. ¿Por qué?

⁵ Ver también Sheridan 1993; Oropesa 2003; Quiroga 2000: 50-75.

⁶ Ver Balderston 1998; Irwin *et al.* 2003b:116-86.

**Cómo el lesbianismo se quedó fuera del universo
de la diversidad sexual mexicana**

La homosexualidad masculina mexicana se ha formulado de una manera contradictoria pero consistente desde el año 1901. La sexualidad masculina se entiende por medio de un esquema de activo-pasivo que se interpreta en términos de fin sexual y/o de objeto sexual.⁷ Se da por sentado que el acto definitorio de la sexualidad masculina es la penetración. El que desea penetrar o que penetra es el hombre. El hombre “activo” cuyo rol sexual es penetrar es un hombre heterosexual, sin importar si la persona que penetra es hombre o mujer; por otro lado, un hombre que desea ser penetrado —es decir, que desea asumir el papel “pasivo” de mujer— es homosexual. El fin sexual, según este esquema, define la sexualidad del hombre. Si el fin es ser penetrado, el hombre es homosexual, y viceversa. No obstante, hay muchos que creen —y de ahí la contradicción— que lo importante no es el fin sexual sino el objeto sexual. Es difícil no sospechar que un hombre que tiene relaciones sexuales con otros hombres, aunque sea siempre en el papel “activo”, sea en realidad homosexual también, es decir que el objeto sexual puede figurar también en la definición sexual de un hombre, aunque el hombre “activo” casi siempre se entiende como más masculino que el “pasivo”. Estos dos criterios —el fin sexual y el objeto sexual— se aplican con diferentes grados de importancia en diferentes ámbitos y en diferentes momentos históricos, pero lo significativo es que los dos se emplean simultáneamente, a pesar de ser contradictorios, desde 1901. Y si hay homosexuales que prefieren otros actos que no sean la penetración anal, el modelo no los acomoda: la homosexualidad se entiende solamente mediante la pauta del acto heterosexual procreativo. El acto sexual es la penetración: el eje activo/pasivo ha sido el término clave para interpretar la sexualidad masculina desde entonces también.⁸

⁷ La terminología es de Freud; ver *Una teoría sexual*.

⁸ Mientras que Carrier (1995) ha planteado que el eje activo/pasivo con énfasis en el fin sexual es la característica que más diferencia la cultura sexual mexicana de la de Estados Unidos y la de Europa Occidental (10-21), Prieur (1998) argumenta persuasivamente que la dicotomía (fin sexual = sistema mexicano; objeto sexual = sistema “occidental”) es una simplificación y que la realidad es mucho más compleja (24-31, 179-233).

La sexualidad femenina se ha entendido de una manera semejante, por lo cual ha resultado un concepto aún menos coherente que la sexualidad masculina. De nuevo se aplica el eje activo/pasivo. Pero el hecho de que la imaginación sexual se limite al acto de penetración no permite la misma dicotomía de hetero/homosexual para la mujer. El hombre —en la primera mitad del siglo xx, no hay teoría importante en México que no sea promulgada principalmente por hombres— no puede imaginar un acto de penetración entre dos mujeres. Si la diversidad de actos sexuales sólo se entiende como variaciones de la penetración heterosexual, el lesbianismo no existe. La mujer “pasiva” entonces es la que se conforma con las normas heterosexuales. Es la penetrada y además la sumisa, ya que su pasividad implica que sólo participa en el acto sexual por razones de procreación y de satisfacción del esposo. El deseo y el placer, términos que implican “actividad”, entonces son características exclusivas del hombre. La mujer “activa”, la inconforme, entonces, no es la lesbiana. Es la mujer que desea, la mujer que busca actividad sexual: es la prostituta, la mala mujer. Se aplica, así, el mismo esquema de activa/pasiva para definir la sexualidad de la mujer, pero como el hombre heterosexual no puede imaginar el acto homosexual entre mujeres, la dicotomía que se formula no es la de penetradora/penetrada sino la de buena/mala.⁹

Las representaciones de la homosexualidad femenina antes de “Las inseparables”

Heriberto Frías no es el primer escritor mexicano que intenta representar las relaciones de mujeres no heterosexuales. Hay dos ejemplos bien conocidos que lo anticipan. Son la Gaditana, prostituta española que se enamora de Santa en la novela homónima de Federico Gamboa (1903), y varias de las criminales entrevistadas por Carlos Roumagnac en *Los criminales en México* (1904).¹⁰ No es el propósito de este estudio

⁹ Ver, por ejemplo, Castillo 1998: 18-20. Los estereotipos nacionales se resumen en Paz 1989: 67-80.

¹⁰ Para una lectura breve, pero interesante sobre la Gaditana, ver Oropesa 1996: 630. Sobre Roumagnac, ver Buffington 2000: 71,134-35.

analizar todas las representaciones de la mujer con tendencias homosexuales de las primeras décadas del siglo xx en México. Sólo se mencionan estos dos textos porque son fundacionales: son las primeras representaciones de mujeres cuya sexualidad se puede categorizar como homosexual aplicando el concepto moderno que implica la palabra, es decir el de una identidad lésbica.¹¹

Vale la pena leer el quinto capítulo de la novela *Nadie me verá llorar* de Cristina Rivera Garza (1999) para entender lo inapropiado de la visión de la homosexualidad femenina imaginada por Gamboa para la pareja de prostitutas safistas porfirianas que protagonizan esta novela histórica (1979: 133-56). La Gaditana es safista porque es mujer mala que desea. Pero su deseo por Santa nunca se realiza ya que ningún acto sexual entre dos mujeres existe en forma específica en la imaginación masculina de la época en México.

Carlos Roumagnac, en su estudio criminalista de los reos encarcelados en las prisiones mexicanas del porfiriato, tampoco va más allá del acto de identificación. Las safistas, según Roumagnac, se identifican por su peinado: las que se hacen la raya en el lado derecho son “hombres” y las que se la hacen en el lado izquierdo son “mujeres” (1904: 174, 191). Es el eje activo/pasivo de nuevo. Sin embargo, el acto sexual entre estas mujeres tan cuidadosamente peinadas nunca se imagina. La sospecha de la homosexualidad implica a todas las mujeres encarceladas ya que todas son obviamente malas,¹² pero su safismo no existe en forma concreta.

Una vez más, el problema es la (falta de) imaginación de los hombres, los únicos que escriben de tales asuntos en estos años. La prostituta y la criminal son mujeres malas. No son las doncellas sumisas pasivas que corresponden al modelo normativo de la hetero-

¹¹ El concepto moderno del lesbianismo se refiere a las nuevas definiciones médicas del homosexualismo que surgieron en el siglo xix en que los que anteriormente habían sido entendidos como actos pecaminosos se volvieron aspectos de la identidad del individuo (ver Foucault 2000).

¹² Escribe Buffington: “Roumagnac sistemáticamente interrogó a cada una de las prisioneras entrevistadas sobre el ‘safismo’, evocándoles respuestas casi idénticas. Reaccionó él a sus refutaciones con cinismo, implicando así que había una afinidad oculta entre la criminalidad y la actividad homosexual que sus sujetos reconocían pero que resueltamente pretendían disimular” (2000: 71, traducción mía).

sexualidad. No obstante, el intento de parte de Gamboa y Roumagnac de expandir la definición de la mala mujer para incluir no sólo la actividad heterosexual vedada, sino todo tipo de deseo heterodoxo, falla por la ausencia de un modelo de la homosexualidad femenina en el imaginario nacional.

El caso de la Gaditana es más que nada una fantasía borrosa de deseo entre dos mujeres cuya profesión es servir sexualmente a los hombres, un deseo que nunca va más allá del burdel y que jamás afecta la disponibilidad de sus empleadas. Roumagnac, en cambio, imagina un safismo desenfrenado en las cárceles de México, espacio de mujeres sexualmente inaccesibles a los hombres. El científico relata su entrevista con una tal Emilia M.: “Exprésame no tener tratos con las demás presas, ni malas costumbres, porque, explica: ‘aunque apeteciera yo al hombre, seré franca en hablar, que no sería tan puerca de meterme con una mujer igual a mí.’ En cambio, me refiere que todas las demás practican el safismo” (127). Todas son safistas, pero ninguna lo admite de sí misma. Hay sospechas, hay acusaciones, pero finalmente no hay evidencias concretas. Otra vez, la homosexualidad femenina de la cárcel de mujeres es fantasía masculina.¹³

El caso de “Las inseparables” de Frías quizás no sea muy distinto en este sentido. Pero revela otro aspecto de la imaginación masculina porfiriana sobre el safismo, en su tratamiento de una pareja descubierta no en espacios cerrados de mujeres, sino en la vía pública de la ciudad de México.

Las safistas del boulevard: “Las inseparables”

La descripción más completa de una pareja de mujeres aparentemente involucradas en una relación homosexual en esta época aparece en el brevísimo perfil de “Las inseparables” de Heriberto Frías. Las safistas de Frías se distinguen de las prostitutas de Gamboa o las reas de Roumagnac por ser mujeres no de las clases marginadas, sino del

¹³ Esta noción del lesbianismo como fantasía masculina sin sustancia se puede comparar al concepto planteado por Terry Castle de la lesbiana espectral [*apparitional lesbian*]. Un capítulo clave de su libro sobre este concepto fue traducido y publicado en *debate feminista*, núm. 16 en 1997.

“boulevard”, de las avenidas suntuosamente elegantes de la ciudad de México donde los ricos ostentaban sus atavíos de moda europea. Los boulevards eran el lugar donde la élite metropolitana paseaba para lucirse. Y aunque estas avenidas amplias se llenaban de cantidades de petimetres, damas de buen tono también se ataviaban con ropa de modas novedosas y se teñían el pelo de rubio para pasear y coquetear con sus admiradores. Sin embargo, los boulevards eran terreno precario para damas respetables porque allí se exponían a los pellizcotes de los catrines insolentes o se arriesgaban a confundirse con las mesalinas, quienes gozaban vistiéndose bien y mezclándose con las señoras decentes, aunque con motivos inmodestos.¹⁴

El retrato de Frías ha sido clasificado como ficción,¹⁵ pero se presenta más como cuadro de costumbres, descripción de arquetipos locales, modas y modales, un pedacito de la vida cotidiana de la metrópoli. La perspectiva de Frías es de crítico social que se lanza en contra de la aristocracia de la capital y el alarde que hace de su opulencia: “Esos pavos reales que arrastran o erizan, cuando hacen la rueda, tan luengas, sonoras y oropelescas colas, se creen los heraldos príncipes del criterio público selecto; se creen los consagrados y los absolutos” (1915: 7). Sigue narrando Frías en su prólogo: “el esplendor de sus plumas se admira diariamente a lo largo de las banquetas de la gran avenida capitalina” (1915: 7).

Los frequentadores de los boulevards incluyen, según afirma Frías, jovenzuelos indolentes y mimados, prostitutas de primera, dandis y bohemios, adúlteros y adúlteras, insólitos triángulos amorosos, depredadores de matronas recién enviudadas, alcahuetes, pícaros y —un último arquetipo del escenario público capitalino que aquí hace su debut literario— safistas. Publicado pocos años después de la caída del porfiriato, despacha el esnobismo de los aristócratas, destinando un capítulo a cada uno de éstos y una docena más de arquetipos representantes del exceso decadente de su época. Frías, conocido como disidente político durante el porfiriato, fue encarcelado a raíz de su representación crítica de la administración de Porfirio Díaz por su manejo brutal del conflicto armado en un pueblo rebelde del esta-

¹⁴ Ver González Navarro 1957: 399-415.

¹⁵ Ver, por ejemplo, Ocampo *et al.* 1992: 227.

do de Chihuahua en su novela *Tomóchic* (1893). *Los piratas*, publicado veintidós años después, le proporcionó un vehículo para desahogar su ira contra el elitismo porfiriano. Otro efecto del cambio político: el safismo articulado (es decir, el conocido por haber sido escrito) se muda de las mujeres marginadas (las prostitutas y delincuentes inculpadas por el positivismo porfiriano) a las privilegiadas (las mujeres de las clases odiadas por la revolución).

Volviendo al caso de las safistas de Frías, parecería que tal identidad sexual fuera tan común entre las mujeres distinguidas del boulevard como en el mundo de la mala vida descrito en Gamboa y Roumagnac. Como los demás “piratas del boulevard”, “las inseparables” se visten bien y pasean por las avenidas de alta moda de la ciudad en “un automóvil de lujo” (1915: 138). La más alta de las dos es, según los rumores, la esposa de un hacendado adinerado —y los rumores son clave en la relación de esta historia. El narrador no sólo admite no conocer a las mujeres, sino que presenta gran parte de su descripción de ellas como chisme oído presuntamente en los mismos boulevards: “Su intimidad era... demasiado íntima” (139, puntos suspensivos en el texto original); y éste fue precisamente el problema del narrador: ¿cómo podría un hombre representar la vida íntima de unas mujeres, cuando en el caso de las safistas, se trataba de una vida a la que nunca podría tener acceso?

Justo como el escándalo de los famosos 41 poco más de una década antes se había contado representando la homosexualidad masculina a partir del rumor y la especulación, la realidad de la mujer homosexual permanece distante e inalcanzable por su representación textual en el México de 1915. A los 41 les faltaba voz pública; de igual manera, “las inseparables” son observadas siempre desde una distancia, y discutidas “*sotto voce*” (Frías, 1915: 138) con los detalles personales agregados exclusivamente a través de murmuraciones anónimas.

Por lo tanto, no se encuentra en el texto ninguna evidencia para respaldar la aseveración de Frías —paralela a la de Roumagnac, la cual pretende comprobar con su teoría sobre los cortes de pelo de las prisioneras— de que haya una división estilo activa/pasiva o masculina/femenina que estructura las relaciones sáficas. “Las inseparables” son dos: la alta, la más rica: “una hermosa mujer, una soberbia y real hembra”; y su compañera más joven, más morenita: “sumisa, peque-

ñaíta, nerviosa” (137). Sigue el narrador: “¡Las dos! ¡Las inseparables! La activa y la pasiva” (137). Parece que nada se sabe de su bien protegida vida privada; no obstante desde el principio se da por sentado que una es activa y la otra pasiva, de nuevo como si las safistas no tuvieran otra opción más que imitar los patrones sexuales de los heterosexuales.

Frías es, sin duda, uno de los grandes escritores de su generación. Pero no hay nada que indique que era experto en cuestiones de la sexualidad femenina. Es una lástima que una de las descripciones más detalladas de una pareja de aparentes mujeres homosexuales de estos años fuera descrita por un hombre que no contaba con la suficiente capacidad para hacerlo.¹⁶

El primer cuadro que pinta Frías es el de las dos mujeres, siempre juntas, paseando en su coche por las avenidas, donde todo el mundo las conoce como “las inseparables”. La visibilidad de su aparente diferencia frente a las demás mujeres de los boulevards —las que son ya sea damas respetables (mujeres, madres, hijas) acompañadas siempre de hombres, o mesalinas en busca de hombres— provoca cierta curiosidad entre los observadores: “¿Quiénes son?... ¿De dónde vinieron?... ¿Cómo viven?... ¿Qué sociedad frecuentan? y ¿qué sociedad las frecuenta?” (138, puntos suspensivos en el original). Las respuestas a estas preguntas se establecen no a través de una investigación de hechos, sino por la repetición de chismes callejeros.

El primer rumor es que la alta, “la del soberbio ademán de princesa”, está casada con un prócer, pero separada de él “precisamente ‘por eso’” (138), o sea, por su amistad demasiado íntima con otra mujer. Cuando las tensiones entre los esposos llegaron al colmo, el marido, colérico, gritó: “O yo o tu amiga. Elige” (139). Frías concluye esta parte del cuentito al divulgar: “Y ella eligió la amiga. Del esposo admite sólo el dinero” (139).

¹⁶ Ironía semejante ocurre con la publicación de *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz en 1950, obra citada con gran frecuencia por haber ubicado la homosexualidad masculina en el contexto de la cultura nacional en México (Lumsden 1991: 19-20, Carrier 1995: 16-21). Paz sólo mencionó el asunto brevemente (35, 74) y nunca se representó como gran experto en la homosexualidad mexicana. Sin embargo, su importancia ha sido exagerada por falta de otros textos de la época de semejante prestigio que aborden el tema.

Los asuntos de los hombres y el dinero (su dinero) son fundamentales para el retrato de Frías. La amenaza que encarnan las safistas para el patriarcado es formidable: son mujeres que no necesitan a los hombres, ni por cuestiones sexuales, ni por las económicas. Fue la época en que México producía sus primeras dentistas, médicas, abogadas y una cantidad importante de farmacéuticas (González Navarro 1957: 414). Fue la época en la que se escucharon —aunque no necesariamente por un público masculino receptivo— los primeros brotes del feminismo. Según el historiador Moisés González Navarro, el distinguido educador Justo Sierra “fustigó este feminismo que trasmutaba los sexos y era obra de mujeres viejas y feas que no tenían otro recurso que volverse hombres” (1957: 415). Asimismo, por la nueva visibilidad de la sexualidad femenina, “el pudor pasaba por una crisis” (1957: 409).

Los hombres porfirianos sentían no sólo la amenaza de la posible independencia económica de la mujer, sino también el peligro de la sexualidad femenina.¹⁷ Las mujeres de pronto ya no se entendían siempre como instrumentos sexualmente pasivos dedicados a la satisfacción del deseo masculino e implementos destinados para la reproducción de la especie; las mujeres ya se iban entendiendo como seres activamente sexuales (sin que su voluntad sexual se incorporara a los conceptos generalmente aceptados de la identidad femenina en el contexto nacional). Esta ansiedad que sentían los hombres por la recién descubierta, pero poco entendida, sexualidad femenina, se expresa ampliamente en la producción artística de la época. Basta hojear las novelas raras de Amado Nervo (*El bachiller*, *El donador de almas*) o los cuentos insólitos de Bernardo Couto Castillo (publicados en la colección *Asfódelos*), o echar un vistazo a las ilustraciones que grabó Julio Ruelas para *Revista Moderna*, para deducir el grado de angustia que provocaban las nuevas ideas sobre la sexualidad de las mujeres.¹⁸ Y si su deseo sexual pudiera además dirigirse a otras mujeres, podrían evitar en absoluto a los hombres y lograr la independencia sexual.

¹⁷ El “malestar masculino” de la época se describe, por ejemplo, en Chaves 1997.

¹⁸ Sobre Ruelas, ver el estudio de Conde 1976.

Frías representa la amenaza safista de “las inseparables” precisamente así; sin embargo, no permite que tal idea —el deseo homosexual de la mujer— se sostenga. “Las dos pasean triunfalmente su mutuo amor y parece que gozan exponiéndolo al público, orgullosas de no necesitar ni del dinero ni del amor del hombre. Porque para ellas un esposo no es un hombre” (139). Por un lado, su sexualidad es un desafío no sólo a las relaciones de poder entre hombre y mujer, sino también a la hombría en sí. Por el otro, Frías inmediatamente contrarresta esta expresión de ansiedad masculina con otro de sus rumores: “hay quien asegura que no podrían ostentar tan suntuosos trajes, ni engalanarse con gemas de alto precio, si no transigieran a veces con las pretensiones de algunos próceres que las ablandan con soberbios presentes. Y se agrega que cuando no aparecen en el boulevard, es porque están momentáneamente separadas” (139).

Frías, en una sola frase, borra por completo la amenaza safista al declarar —sin presentar más evidencias que chismes callejeros— que sus protagonistas eran en realidad prostitutas. Su safismo, en efecto, sólo se permite por el hecho de que las mujeres están dispuestas a servir como objetos sexuales a los hombres y a aceptar el dinero de los “próceres”. Dicho en otras palabras, la independencia amenazante de la safista (mujer que no necesita “ni del dinero ni del amor del hombre”) es una mera ilusión.

Da a entender que la vida privada de la mujer, incluyendo igualmente la de la safista, nace y se sostiene sólo por medio del hombre y su dinero. “Las inseparables” son safistas cuando son vistas por hombres en el boulevard; se conoce su imagen pública. Pero cuando no son vistas en el boulevard, no es porque están juntas, solas, haciéndose el amor en un mundo erótico desconocido a los hombres como Frías, liberadas de los controles patriarcales. Cuando no están públicamente visibles, según los chismes que las pretenden definir, están ocupadas en actividades sexuales con los hombres, quienes finalmente son los que las mantienen.

Por lo tanto, el último párrafo en el que el autor alude a “su intimidad entrañable, su volcánico amor de voraces almas femeninas que desprecian al hombre, sabiéndose crear sin él, un paraíso de amor sáfico” (139), su retrato final de “las inseparables” resulta poco convincente. Sea que menosprecien a los hombres o no, éstas

dependen económicamente —según se dice en el boulevard— no sólo de un marido, sino también de otros generosos caballeros (no identificados), y su paraíso de amor sáfico parece sujetarse más a las ampliamente entendidas relaciones heterosexuales, con sus implícitas jerarquías de poder, que a las nunca descifradas uniones homosexuales.

El safismo al fin y al cabo sólo se puede entender vagamente como marcador de las relaciones implícita y amorfamente sexuales entre mujeres. Queda el término sin definirse y por eso finalmente no es la amenaza a la virilidad mexicana que implica Frías en algunos momentos, ni tampoco la categoría estética que propone Monsiváis en el epígrafe que inicia este ensayo.¹⁹ “Las inseparables” no es un texto para la historia del lesbianismo en México; no es más que una manifestación de una paranoia masculina sobre un concepto que no se puede imaginar. La homosexualidad no logra expresarse sino por medio de referencias heterosexuales. “Las inseparables” trata más la invisibilidad privada de las safistas que su visibilidad pública. Y nada concreto se descubre sobre lo no visto.

Sin embargo, es importante notar dos cosas. Primero: que claramente existe en la imaginación popular de la Ciudad de México en 1915 un concepto —aunque sea algo incoherente— de la homosexualidad femenina y que hay también hasta una terminología (“el safismo”) para representarlo. Existe el arquetipo de “las inseparables”, mujeres que gozan de una amistad entrañable y marcadamente rara. Segundo: aunque no hay evidencias concretas y directas sobre la homosexualidad femenina en las primeras décadas del siglo xx en México, sí hay condiciones que —según la expresión angustiada de algunos escritores— permitían que ciertas mujeres disfrutaran una independencia económica de los hombres, la que por consiguiente les posibilitaba la exploración de opciones sexuales antes no conceptualizadas. No se puede decir si las preocupaciones de Gamboa, Roumagnac y Frías eran producto de una homosexualidad femenina real que percibían aplicando

¹⁹ La cita del epígrafe viene de una discusión pública del simposio “Centenario de los 41: Sexualidad y Control Social en América Latina, 1901”, llevado a cabo en la Universidad de Tulane en Nueva Orleáns en noviembre de 1901. Agradezco la ayuda de Joyce Baugher, quien me consiguió la cita precisa.

un “gaydar”.²⁰ Pero sí se puede decir —invocando la hipótesis represiva de Foucault— que su discurso homófobo facilitaba la producción de una identidad homosexual en las mujeres al articular su posibilidad.

No hay duda de que en estas primeras décadas del siglo existían mujeres mexicanas que experimentaban con relaciones homosexuales. Y aunque sería muy interesante que salieran a la luz textos escritos por mujeres sobre sus relaciones sexualmente heterodoxas con otras mujeres, quizás sería más interesante saber que existieron tales mujeres sin que se enterara jamás el público de los pormenores de sus subversiones sexuales. Hubieran poseído tales mujeres un saber sexual bastante amenazante para los absolutismos de las jerarquías sexuales, lo que les hubiera asegurado su autonomía sexual. Esta autonomía sexual de la mujer, posibilidad nueva en la imaginación pública mexicana, era el fruto más radical de este safismo invisible. Si “las inseparables” eran en realidad una pareja de mujeres safistas, se debe celebrar entonces la aporía —es decir, el vacío de saber sexual— que implica su vida privada.

Como los 41, “Las inseparables” implican una diversidad sexual a la que no tenemos acceso, pero que ha desafiado a la ortodoxia sexual mexicana durante todo el siglo xx. Los intelectuales del porfiriato, como Roumagnac y Gamboa, hallan a estas mujeres problemáticas en los burdeles y las cárceles, entre las mujeres malas de los sectores marginados. Con la revolución, el peligro sáfico se halla de pronto entre las clases acomodadas, ya rechazadas como elemento decadente del porfiriato. Dicha transformación, junto con el hecho de que ninguno de los hombres que se preocupa del tema en estos años posee el saber sexual suficiente para describir de una manera coherente y creíble este temido amor sáfico, sugiere que la subversión homosexual de las mujeres podía haber existido inadvertida en todo tipo de mujeres. Plantea Monsiváis que “[l]a mayoría de las lesbianas no pertenece a[l ghetto lésbico], y lleva en apariencia la vida muy convencional y pudorosa de las solteronas, al amparo del candor que acomoda sin sospechas a las ‘amigas inseparables’” (1997: 24).

²⁰ Término de jerga gay estadounidense que se refiere a la capacidad inherente de uno de reconocer (como el radar) a una lesbiana o un gay sólo al observarlo en un contexto cotidiano.

La responsabilidad que nos corresponde ahora a los investigadores que queremos construir bosquejos genealógicos de diversidad sexual en la cultura mexicana, es la de seguir buscando casos de “amigas inseparables” para seguir leyendo entre líneas y entendiendo mejor un pasado que está resultando más sexualmente complejo de lo que se ha imaginado.

Bibliografía

- Balderston, Daniel, 1998, “Poetry, Revolution, Homophobia: Polemics from the Mexican Revolution”, en Sylvia Molloy y Robert McKee Irwin (comps.), *Hispanisms and Homosexualities*, Duke University Press, Durham, pp. 57-75.
- Buffington, Robert M., 2000, *Criminal and Citizen in Modern Mexico*, University of Nebraska Press, Lincoln.
- Castle, Terry, 1993, *The Apparitional Lesbian: Female Homosexuality and Modern Culture*, Columbia University Press, Nueva York:.
- Castle, Terry, 1997, “El fantasma de Greta Garbo,” trad. de Elvia Aguirre, en *debate feminista*, núm. 16, pp. 215-42.
- Castillo, Debra A., 1998, *Easy Women: Sex and Gender in Modern Mexican Fiction*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- Castrejón, Eduardo, 2003, “*Los 41: novela crítico-social [1906]*”, en Robert McKee Irwin, Edward J. McCaughan y Michelle Rocío Nasser, (comps.), *The Famous 41: Sexuality and Social Control in Mexico, 1901*, Palgrave, Nueva York, 2003, pp. 93-137.
- Carrier, Joseph, 1995, *De los otros: Intimacy and Homosexuality Among Mexican Men*, Columbia University Press, Nueva York.
- Chaves, José Ricardo, 1997, *Los hijos de Cibeles: cultura y sexualidad en la literatura de fin del siglo XIX*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Conde, Teresa del, 1976, *Julio Ruelas*, Universidad Nacional Autónoma de México/ Instituto de Investigaciones Estéticas, México.
- Couto Castillo, Bernardo, 1984, *Asfódelos [1897]*, Premio/Instituto Nacional de Bellas Artes, México.
- Foucault, Michel, 2000, *Los anormales: curso en el Collège de France (1974-1975)* trad. de Horacio Pons, Fondo de Cultura Económica, México.

- Freud, Sigmund, 1978, *Una teoría sexual y otros ensayos* [1905/24], trad. de Luis López Ballesteros, Iztaccíhuatl, México.
- Frías, Heriberto, 1915, *Los piratas del boulevard (Desfile de zánganos y víboras sociales y políticas en México)*, Andrés Botas y Miguel, México.
- Frías, Heriberto, 1911, *Tomóchic*, [1893], Charles Bouret, París.
- Gamboa, Federico, 1979, *Santa* [1903], Grijalbo, México.
- González Navarro, Moisés, 1957, *Historia moderna de México*, vol. IV: *El porfiriato: La vida social*, Daniel Cosío Villegas (ed.), Editorial Hermes, México.
- Irwin, Robert McKee, Edward J. McCaughan y Michelle Rocío Nasser (comps.), 2003a, *Centenary of the Famous 41: Sexuality and Social Control in Latin America, 1901*, Palgrave, Nueva York, pp. 169-89.
- Irwin, Robert McKee, Edward J. McCaughan y Michelle Rocío Nasser (comps.), 2003b, *Mexican Masculinities*, University of Minnesota Press, Minneapolis.
- Lumsden, Ian, 1991, *Homosexualidad, sociedad y estado en México*, trad. de Luis Zapata, Solediciones/Canadian Gay Archives, México/Toronto.
- Macías González, Víctor, 2003, "The *Lagartijo* at *The High Life*: Notes on Masculine Consumption, Race, Nation and Homosexuality in Porfirian Mexico", en Robert McKee Irwin, Ed McCaughan y Michelle Nasser (comps.), *Centenary of the Famous 41: Sexuality and Social Control in Latin America, c. 1901*, pp. 227-49.
- Monsiváis, Carlos, 1995, "Ortodoxia y heterodoxia en las alcobas", *debate feminista*, núm. 11, pp. 183-210.
- Monsiváis, Carlos, 1997, "Los que tenemos unas manos que no nos pertenecen", *debate feminista*, núm.16, pp. 11-33.
- Monsiváis, Carlos, 2000, *Salvador Novo: lo marginal en el centro*, Era, México.
- Monsiváis, Carlos, 2001, "Los iguales, los semejantes, los (hasta un minuto) perfectos desconocidos (a cien años de la redada de los 41)", *debate feminista*, núm. 21, pp. 301-27.
- Nervo, Amado, 1984, "El bachiller" [1895], en *Prosa y verso*, Patria, México, pp. 83-107.
- Nervo, Amado, 1984, "El donador de almas" [1899], en *Prosa y verso*, Patria, México, pp. 109-55.

- Nesvig, Martin, 2000, "The Lure of the Perverse: Moral Negotiation of Pederasty in Porfirian Mexico", *Mexican Studies/Estudios Mexicanos*. 16:1, pp. 1-37.
- Novo, Salvador, 1998, *La estatua de sal*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México.
- Ocampo, Aurora M., et al., 1992, *Diccionario de escritores mexicanos, siglo XX*, t. II (D-F), Universidad Nacional Autónoma de México/ Instituto de Investigaciones Filológicas/ Centro de Estudios Literarios, México.
- Oropesa, Salvador, 1996, "Hacia una identidad nacional: la relación México-España en Santa de Federico Gamboa", *Romance Languages Annual*, núm. 8, pp. 627-32.
- Oropesa, Salvador, 2003, *The Contemporáneos Group: Rewriting Mexico in the Thirties and Forties*, University of Texas Press, Austin.
- Paz, Octavio, 1989, *El laberinto de la soledad* [1950], Fondo de Cultura Económica, México.
- Prieur, Annick, 1998, *Mama's House, Mexico City: On Transvestites, Queens, and Machos*, University of Chicago Press, Chicago.
- Quiroga, José, 2000, *Tropics of Desire: Interventions from Queer Latino America*, New York University Press, Nueva York.
- Rivera Garza, Cristina, 1999, *Nadie me verá llorar*, Tusquets/Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Instituto Nacional de Bellas Artes, México.
- Rivera Garza, Cristina, 2001, "The Criminalization of the Syphilitic Body: Prostitutes, Health Crimes, and Society in Mexico City, 1867-1930", en Ricardo D. Salvatore, Carlos Aguirre y Gilbert M. Joseph (comps.), *Crime and Punishment in Latin America: Law and Society Since Late Colonial Times*, Duke University Press, Durham, pp.147-80.
- Roumagnac, Carlos, 1904, *Los criminales en México: Ensayo de psicología criminal*, Tipografía "El Fénix", México.
- Sheridan, Guillermo, 1993, *Los Contemporáneos ayer* [1985], Fondo de Cultura Económica, México.